

Mensaje cuatro

Conocer y experimentar al Cristo todo-inclusivo y extenso como nuestra vida y como el elemento constitutivo del nuevo hombre

Lectura bíblica: Col. 3:1-4, 15-17

I. Necesitamos conocer y experimentar al Cristo todo-inclusivo y extenso como nuestra vida:

- A. A fin de experimentar a Cristo como nuestra vida, necesitamos ver que tenemos una misma posición, una misma vida, un mismo vivir, un mismo destino y una misma gloria con Cristo—Col. 3:1-4; cfr. 1 Co. 6:17:
1. Nuestra posición es la de personas que están en Cristo; debido a que estamos en Él, nosotros estamos donde Él está, o sea, sentados a la diestra de Dios—Col. 3:1; Jn. 14:20; 17:24; Ef. 2:6:
 - a. La posición del Hijo está en el Padre (Jn. 10:38; 14:10); nosotros estamos en el Hijo (1 Co. 1:30a), así que estamos en el Padre (Jn. 14:20; 1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:1).
 - b. Es cuando estamos en el espíritu que estamos en Cristo, en el Padre y en el cielo de forma práctica y en la experiencia (cfr. Jn. 14:20):
 - (1) Hay una transmisión que tiene lugar desde Cristo en los cielos hasta nosotros en la tierra por medio del Espíritu todo-inclusivo que está en nuestro espíritu—Ef. 1:19, 22-23; 2:22.
 - (2) El mismo Cristo que está sentado en el trono en los cielos (Ro. 8:34) ahora también está en nosotros (v. 10), es decir, en nuestro espíritu (2 Ti. 4:22), donde está la morada de Dios (Ef. 2:22).
 - (3) Puesto que hoy en día nuestro espíritu es el lugar donde Dios habita, ahora es la puerta del cielo, donde Cristo es la escalera que nos une al cielo y trae el cielo a nosotros—v. 22; Gn. 28:12-17; Jn. 1:51.
 - (4) Cada vez que nos volvemos a nuestro espíritu, pasamos por la puerta del cielo y tocamos el trono de la gracia que está en el cielo por medio de Cristo como escalera celestial; nuestro espíritu es donde se recibe la transmisión divina, mientras que el trono de Dios es donde se origina esta transmisión—He. 4:16.
 2. La vida de Dios es la vida de Cristo, y la vida de Cristo ha llegado a ser nuestra vida—Col. 3:4; Jn. 5:26:
 - a. Que Cristo sea nuestra vida significa que Él es subjetivo para nosotros al máximo—1:4; 14:6a; 10:10b; 1 Co. 15:45; Ro. 8:10, 6, 11.
 - b. Es imposible separar a una persona de la vida de esa persona, ya que la vida de una persona es la persona misma; por tanto, decir que Cristo es nuestra vida significa que Cristo ha llegado a ser nosotros y que tenemos una misma vida y un mismo vivir con Él—Jn. 14:6a; Fil. 1:21a.
 - c. Con respecto a Cristo como vida de los creyentes, hay tres características que distinguen esta vida de la vida natural:
 - (1) Esta vida es una vida crucificada—Gá. 2:20.
 - (2) Esta vida es una vida resucitada—Jn. 11:25.
 - (3) Esta vida es una vida escondida en Dios—Col. 3:3-4; Mt. 6:1-6, 16-18.

3. Buscar las cosas de arriba y fijar la mente en ellas equivale a unirnos al Señor en Su ministerio celestial, en Su empresa divina; en esto consiste vivir a Cristo, tener un vivir que es uno con el vivir de Cristo—Col. 3:1-2:
 - a. Cristo, en Su ministerio celestial, hoy vive en calidad de Sumo Sacerdote para interceder por las iglesias—He. 8:1; 4:14; 7:25; 4:16; Col. 4:2.
 - b. Cristo, en Su ministerio celestial, hoy vive en calidad de Ministro celestial para suministrar las riquezas de Cristo a los santos—He. 8:1-2; Ef. 3:8.
 - c. Cristo, en Su ministerio celestial, hoy vive en calidad de Administrador universal del gobierno de Dios con miras al cumplimiento del propósito de Dios—Ap. 4:1-2, 5; 5:6; Ef. 1:10-11:
 - (1) Desde el trono que está en los cielos, la transmisión divina introduce las cosas de arriba en las iglesias locales—vs. 19, 22-23.
 - (2) En Apocalipsis 4 y 5 tenemos una visión de nuestro “gobierno central”, y en Apocalipsis 1 al 3 tenemos una visión de las iglesias locales como “embajadas”; por medio de los siete Espíritus, lo que está en la “sede central” celestial es transmitido a las iglesias como “embajadas”.
 - (3) Lo que sucede en las iglesias locales debería estar bajo la dirección del trono de Dios en los cielos; a fin de que el recobro sea el recobro *del Señor*, necesita estar bajo Su dirección—Col. 1:18; 2:19; Ap. 4:2-3.
 4. Nuestro destino es la gloria; Cristo nos está llevando a la gloria para que nosotros seamos manifestados con Él en gloria—He. 2:10; Col. 3:4.
- B. Nuestra vida es el Cristo que mora en nosotros, y esta vida está escondida con Cristo en Dios; el Cristo escondido en Dios está tipificado por el maná escondido en la urna de oro—vs. 3-4; Éx. 16:32-34; Ap. 2:17:
1. Cristo como maná escondido está en Dios el Padre, quien es la urna de oro; el Padre está en Cristo, quien es el Arca con Sus dos naturalezas: la divinidad y la humanidad; y Cristo, quien es el Espíritu que mora en los creyentes, vive en nuestro espíritu regenerado a fin de ser la realidad del Lugar Santísimo—cfr. Jn. 14:16-20; 2 Ti. 4:22.
 2. Al comer a Cristo como maná escondido, somos incorporados en Él con miras a la morada mutua de Dios y el hombre—Jn. 15:5, 7; 8:31; 6:57, 63; 14:23.
- C. El hecho de que Cristo sea nuestra vida indica claramente que debemos tomarlo como vida y vivir por Él, que debemos vivirle en nuestra vida diaria—Col. 3:4a:
1. Cristo debe ser nuestra vida de manera práctica y en términos de nuestra experiencia; día tras día necesitamos ser salvos en Su vida—v. 4; 1 Co. 15:45; Ro. 5:10.
 2. El nuevo hombre es el resultado espontáneo que se produce cuando tomamos a Cristo como nuestra vida y lo vivimos a Él—Col. 3:3-4, 10-11.

II. Necesitamos conocer y experimentar al Cristo todo-inclusivo y extenso como el elemento constitutivo del nuevo hombre:

- A. En el nuevo hombre únicamente hay cabida para Cristo; Él es todos los miembros del nuevo hombre, y está en todos los miembros; Él es todo en el nuevo hombre—vs. 10-11.
- B. En el nuevo hombre Cristo es la centralidad y la universalidad; Él es el elemento constitutivo del nuevo hombre, y Él es el todo y está en todos en el nuevo hombre.

- C. Si hemos de vivir a Cristo como elemento constitutivo del nuevo hombre, necesitamos ser gobernados por la paz de Cristo (vs. 12-15), y la palabra de Cristo debe morar en nosotros (vs. 16-17):
1. Necesitamos permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones—vs. 12-15; Ef. 2:14-18; Ro. 5:1; Mt. 18:21-35:
 - a. El término griego traducido “sea el árbitro” también puede traducirse “juzgue”, “presida”, o “sea entronizado como gobernador y como uno que toma todas las decisiones”; la paz de Cristo, al actuar como árbitro, anula las quejas que tengamos contra cualquier persona—Col. 3:13.
 - b. A menudo estamos conscientes de tres partidos que están en nosotros: un partido positivo, un partido negativo y un partido neutral; por consiguiente, es necesario que haya un arbitraje interno a fin de resolver la disputa en nosotros:
 - (1) Cada vez que percibimos que diferentes partidos en nuestro ser argumentan o discuten, necesitamos dar lugar a la paz de Cristo que preside y permitir que esta paz, la cual es la unidad del nuevo hombre, gobierne en nuestro interior y tenga la última palabra.
 - (2) Necesitamos poner a un lado nuestra opinión, nuestro concepto, y escuchar la palabra del árbitro que mora en nosotros.
 - c. Si permitimos que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones, esta paz resolverá todas las disputas entre nosotros; tendremos paz con Dios verticalmente y con los santos horizontalmente:
 - (1) Mediante el arbitraje de la paz de Cristo, nuestros problemas son solucionados y las fricciones entre los santos desaparecen; entonces la vida de iglesia es guardada en dulzura y el nuevo hombre es resguardado de una manera práctica.
 - (2) El hecho de que la paz de Cristo arbitre equivale a que Cristo obre en nuestro interior para ejercer Su gobierno sobre nosotros, para tener la última palabra y para tomar la decisión final—cfr. Is. 9:6-7.
 - (3) Si permanecemos bajo el gobierno de la paz de Cristo que está entronizada, no ofenderemos a otros ni les haremos daño; más bien, por la gracia del Señor y con Su paz, ministraremos vida a otros.
 - (4) Esta paz debería unir a todos los creyentes y llegar a ser su vínculo—Ef. 4:3.
 2. Si hemos de vivir a Cristo como elemento constitutivo del nuevo hombre, necesitamos permitir que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros—Col. 3:16-17:
 - a. Cuando la paz de Cristo arbitra en nosotros y nos guarda en una situación llena de unidad y armonía, llegamos a ser el lugar donde está el hablar de Dios, es decir, Su oráculo—vs. 15-16; Ap. 2:1, 7:
 - (1) El hablar de Dios requiere de la unidad; la división hace que el hablar de Dios disminuya, e incluso que cese por completo—Lv. 1:1.
 - (2) Puesto que la unidad es una condición necesaria para tener el hablar de Dios, necesitamos permitir que la paz de Cristo arbitre en nuestros corazones—Col. 3:15.
 - (3) El hecho de que la palabra de Cristo more ricamente en nosotros significa que ésta tiene suficiente cabida en nosotros para impregnar y saturar todo nuestro ser; es crucial que permitamos que la palabra de Cristo entre en nosotros, more en nosotros, prevalezca en nosotros y remplace

nuestros conceptos, opiniones y filosofías—Sal. 119:130; cfr. Ap. 21:23; 22:5.

- b. Necesitamos permitir que la palabra del Señor tenga el primer lugar en nosotros para que podamos experimentar las funciones de la palabra de Dios que opera en nosotros y ministra las riquezas de Cristo a nuestro ser—Col. 3:16:
 - (1) La palabra de Dios nos ilumina (Sal. 119:105, 130), nos nutre (Mt. 4:4; 1 Ti. 4:6) y nos riega a fin de saciar nuestra sed (Is. 55:1, 8-11).
 - (2) La palabra de Dios nos fortalece (1 Jn. 2:14b; Pr. 4:20-22), nos lava (Ef. 5:26) y nos sobreedifica (Hch. 20:32).
 - (3) La palabra de Dios nos hace cabales, nos perfecciona (2 Ti. 3:15-17) y nos edifica al santificarnos (Jn. 17:17).
 - c. Al permitir que la palabra de Dios habite en nosotros, podemos ser hechos un ser humano apropiado, un Dios-hombre lleno de Cristo como realidad de los atributos de Dios—Col. 3:16-25; Fil. 4:5-8.
3. Si permitimos que la paz de Cristo sea el árbitro en nosotros y si somos llenos de la palabra de Cristo, tendremos el nuevo hombre de manera práctica; todos los santos en todas las iglesias a través de todo el recobro del Señor vivirán a Cristo en el nuevo hombre, el cual es uno solo.